

suspendido en medio de los abismos y penetrado de un viento glacial. Fué separado en Brianzon de los fieles compañeros de su martirio. Llegado á Valencia del Delfinado, el 14 de julio, desplegó un valor heróico. « Nada son mis padecimientos físicos, decia, en comparacion á las penas de mi corazon. ¡ Los cardenales y los obispos dispersos! ¡ Roma! ¡ mi pueblo! ¡ la Iglesia! hé aquí lo que dia y noche me atormenta. ¿ En qué estado los voy á dejar? » A penas tan amargas se juntaron nuevas persecuciones. El Directorio habia mandado que el papa fuese transferido á Dijon, y prohibió expresamente que se detuviese en Lyon. Pero la enfermedad de Pio VI habia hecho tales progresos, que el menor movimiento podia acelerar el momento fatal: se vieron pues obligados los del gobierno á dejarlo en Valencia. El 13 de agosto se manifestó una mejoría engañosa en el augusto enfermo, y una muchedumbre inmensa pedia, bajo las ventanas del aposento del papa, el favor de su postrera bendicion. Los oficiales querian retirar la gente, pero temiendo un motin suplicaron al pontífice se asomase á la ventana y se mostrase al pueblo. Pio VI, mas seguro de su docilidad que de sus fuerzas, se hizo llevar á un balcon, revestido de sus ornamentos pontificales, y en presencia de la enternecida muchedumbre exclamó con voz sonora: *Ecce homo!* y dió con amor su última bendicion. El 29 de agosto de 1799, Pio VI espiraba, rogando por la Francia. « ¿ No era de creer, » dice Ranke, que se acabó ya el pontificado romano? » Sin duda, si se habia de juzgar humanamente; pero Dios, en medio de las mas desastrosas y amenazadoras circunstancias, velaba, segun su promesa infalible, por los destinos inmortales de su Iglesia. Nunca está mas cerca del puerto la barquilla de san Pedro que cuando parece sumergida por la borrasca.

## CAPITULO VII.

## SUMARIO.

§ I. PONTIFICADO DE PIO VII (14 de marzo de 1800-29 de setiembre de 1823).

1. Eleccion del papa Pio VII. — 2. Concordato. — 3. Bula *Ecclesia Christi*. Cisma de la Iglesiascita. Bula *Qui Christi Domini*. — 4. El cardenal Caprara en Francia. Traslacion del cuerpo de Pio VI á Roma. El concordato es ratificado por el Cuerpo legislativo. Ceremonia de la reapertura de las iglesias en Francia. — 5. Asesinato del duque de Enghien. — 6. Carta del emperador á Pio VII. Casamiento religioso de Napoleon y Josefina. — 7. Coronamiento del emperador. Permanencia de Pio VII en Paris. Su regreso á Roma. — 8. Memoria dirigida por el papa al emperador. Respuesta de Napoleon. — 9. Casamiento de Jerónimo Bonaparte. Firmeza del papa. Se vuelven á quitar á la Santa Sede Benevento y Ponte-Corvo. Pésaro, Fano, Sinigaglia y Civita-Vecchia son ocupados militarmente por órden del emperador. — 10. Paz de Tilsitt. Nueva usurpacion de Napoleon contra la Santa Sede. — 11. Entrada del general Miollis y de las tropas francesas en Roma. — 12. Bula de excomunion *Quum memoranda die*. — 13. El papa es transportado á Savona. — 14. Comision eclesiástica nombrada por el emperador. Carta al papa cautivo. Respuesta de Pio VII. — 15. Divorcio de Napoleon. Su segundo casamiento con María Luisa. — 16. Conversacion de Napoleon con el abate Emery. — 17. Diputacion de cuatro obispos al papa. Concesiones sonsacadas á Pio VII. — 18. Primera parte del concilio de Paris. Arrestacion de los Ilmos. señores Boulogne, Hirn y de Broglie. — 19. Segunda parte del concilio de Paris. Decreto de este concilio. Pio VII lo ratifica. — 20. Campaña de Moscou. 21. Nuevo concordato de 1813, arrancado por fuerza al papa. — 22. Pio VII retracts el concordato de 1813. — 23. Restauracion. — 24. Regreso de Pio VII á Roma. Restablecimiento de los Jesuitas. — 25. Los Cien Dias. — 26. Últimos actos y muerte de Pio VII.

§ II. PONTIFICADO DE LEON XII (28 de setiembre de 1823-10 de febrero de 1829).

27. Leon XII elegido papa. Su primera alocucion á los cardenales. — 28. El liberalismo en Europa. — 29. El conde José de Maistre. — 30. El vizconde de Bonald. — 31. Tentativas galicanas en Francia. El abate Lamennais. — 32. Concordato con el Hanovre. Muerte de Luis XVIII. — 33. El señor Feutrier. — 34. Muerte de Leon XII.

§ III. PONTIFICADO DE PIO VIII (31 de marzo de 1829-30 de noviembre de 1830).

35. Eleccion de Pio VIII. Enciclica á todos los obispos de la cristiandad. — 36. Conquista de Argel. Revolucion de 1830. — 37. Conversacion de Monseñor de Quelen con Luis Felipe. — 38. Muerte de Pio VIII.

§ IV. PONTIFICADO DE GREGORIO XVI (2 de febrero de 1831-1º de junio de 1846).

39. Eleccion de Gregorio XVI. Primeros actos de su pontificado. — 40. Adminis-



tracion interior de Gregorio XVI. — 41. Saqueo y profanacion de San Germain l'Auxerrois y del arzobispado de Paris. — 42. Cólera de 1832. — 43. Propagacion de las malas doctrinas en Francia. Condenacion de Lamennais. — 44. Carácter del reinado de Luis Felipe. — 45. Sintomas de restauracion religiosa en Francia. Muerte de Gregorio XVI. Eleccion de S. S. Pio IX. — 46. Conclusion.

§ I. PONTIFICADO DE PIO VII (14 de marzo de 1800-29 de setiembre de 1823).

1. Aun no habia vencido la revolucion á toda la Europa católica : la muerte del papa mártir coincidió precisamente con una época en que la coalicion habia ganado nuevas victorias sobre la república francesa. Esta circunstancia hizo posible la reunion de los cardenales en Venecia : algunos meses despues, la Francia y el mundo supieron la admirable noticia de la eleccion de un papa. La incredulidad, el cisma, la herejía decian á voz en grito que ya habia pasado el tiempo del pontificado romano, y que no tendria sucesor Pio VI. Y sin embargo, en medio de tantas revoluciones, guerras, odios y animosidades, el cardenal Chiaramonti, obispo de Imola, fué elegido *unánimemente* y tomó el nombre de Pio VII, que tanto ha realzado. Dos meses mas tarde el nuevo pontífice hizo su entrada en Ancona, saludado por la artillería de la plaza. Los bajeles rusos que estacionaban en el puerto dieron el *saludo imperial*, por órden de Paulo I. Seiscientos habitantes de Ancona, que se relevaban por turno, quitaron los caballos del coche, y habiendo guarnecido los tiros con cintas de todos colores, le llevaron hasta el palacio del cardenal-obispo : El 3 de julio de 1800, en medio de indecibles transportes de júbilo de parte del pueblo romano, Pio VII tomó posesion de la capital del mundo cristiano.

2. Los reveses de la Francia en Italia se debian á la ausencia de un hombre cuyas sorprendentes hazañas en los campos del Oriente asombraban al mundo. El Egipto, tierra de antiguas glorias, habia parecido á Bonaparte un pedestal digno de él. Vuelto á Francia, coronado por la victoria, pero victoria estéril, que solo aprovechó á su fama, el jóven conquistador fué nombrado primer cónsul. Quiso ilustrar esta dignidad republi-

cana con nuevos laureles. La Italia, donde ya se habia señalado su genio, llamaba de nuevo á sus armas; el 27 de abril de 1800 hacia trepar á su ejército el monte de San Bernardo, y el 14 de junio la célebre batalla de Marengo le dió de nuevo derecho de dictar condiciones de paz á la Europa. La Francia volvió á ver su héroe con entusiasmo indescriptible. Nadie se equivocaba : Bonaparte era el hombre de órden. Dos caminos se le presentaban para cumplir su mision : Monk de la legitimidad, podia con su espada victoriosa reconstituir la monarquía francesa en provecho de los Borbones; podia tomar para sí propio un poder que estaba en su mano. Bonaparte escogió el partido segundo, y se hizo emperador. La historia de nuestra patria bajo su reinado se enriquecerá de páginas heróicas; pero ninguna hubiera ofrecido quizás espectáculo mas grandioso que el que hubiera podido dar el vencedor de Arcole, de las Pirámides y de Marengo, llamando á su propio trono al heredero de Luis XVI. Bonaparte quiso preparar los materiales del edificio que se proponia reconstituir. Entonces fué cuando, asistido de los hombres mas ilustrados, propuso esas colecciones de leyes, esos códigos, hechos para inmortalizar su nombre, aun mas que sus victorias. Todas las administraciones, todos los ramos públicos recibieron nueva organizacion, mas fuerte, mas central, mas fácil de controlar. De todas estas mejoras resultó tal confianza en él y tal crédito, que daba á su gobierno fuerza en lo presente y seguridad para el porvenir. En medio de estos trabajos para la resurreccion legislativa y administrativa de la Francia, Bonaparte pensó en llenar otro que los coronase á todos, y que comenzase nueva era en la historia de la Iglesia católica : fué la paz, la reconciliacion de la Francia con el centro de la unidad, con el sucesor de san Pedro, por el concordato de 1801. La primera apertura fué de parte del vencedor de Marengo, al dia siguiente de la batalla. Esta declaracion tan espontánea, clara y neta mereció que un cardenal se encargase de ello conferenciando con Su Santidad. Acababa de entrar en Roma Pio VII : « Decid al cónsul, respondió, que nos prestaremos gustosos á una negociacion cuyo



» objeto es tan honroso, respetable y conveniente á nuestro » ministerio apostólico, y tan conforme á nuestros deseos. » El prelado Consalvi, con quien parecia estar bien Bonaparte, fué inmediatamente encargado por Pio VII de seguir en Roma la negociacion del concordato. El general francés acreditó cerca de Su Santidad á un sugeto cuyo nombre ha sido tan caro á todos los buenos católicos, el señor Cacault, que hizo admirar su moderacion, su genio benévolo, su sabiduría y prudencia diplomática. Al tomar órdenes del primer cónsul, Cacault le preguntó cómo habia de tratarse al papa. « Tratadle, dijo el » guerrero, como si tuviese doscientos mil hombres de tropas » aguerridas. » A pesar de la mejor voluntad, las negociaciones se prolongaban demasiado. Pio VII se decidió á mandar ir á París al cardenal Consalvi, llamado la *sirena de Roma*, esperando que este hábil prelado ganaria mas avistándose con el cónsul. Pio VII no habia presumido sobrado de la habilidad de su nuncio extraordinario. El 16 de julio de 1801 fué firmado el concordato en París por el primer cónsul, y un mes despues fué ratificado en Roma por el papa. Hé aquí sus principales artículos : — La religion católica, apostólica, romana, será ejercida libremente en Francia. — Se hará por la Santa Sede, de concierto con el gobierno, nueva circunscripcion de diócesis. — Su Santidad declarará á los titulares de las antiguas diócesis que espera confiadamente en ellos, por el bien de la paz y unidad, toda especie de sacrificios, hasta el de renunciacion de sus sedes. Si se rehusan, se proveerá con nuevos titulares del gobierno á la nueva circunscripcion. — El nombramiento para obispados vacantes se hará por el primer cónsul, y la institucion canónica será dada por la Santa Sede. — Los obispos nombrarán para los curatos ; pero su nombramiento recaerá en personas aceptas al gobierno. — Su Santidad, por el bien de la paz y el feliz restablecimiento de la religion católica, declara que ni él ni sus sucesores perturbarán en manera alguna á los adquirientes de los bienes eclesiásticos, y en su consecuencia que la propiedad de estos bienes, los derechos y rentas anexas á ellos quedarán en manos de los poseedores actuales.

— El gobierno garantizará un sueldo honroso á los obispos y curas. — Su Santidad reconoce en el primer cónsul los mismos derechos y prerogativas de que gozaba cerca de la Santa Sede el antiguo gobierno.

3. La bula *Ecclesia Christi* del 15 de agosto de 1801 anunció al mundo católico la feliz conclusion del concordato. En el mismo dia Pio VII dirigia á los obispos de Francia un breve en que les declaraba que la conservacion de la unidad y el bien general de la Iglesia exigian de ellos la renuncia pura y simple de sus sillas. « Nos vemos forzados, decia, por las necesidades » de los tiempos, que ejercen violencia sobre nosotros, á anunciaros que vuestra respuesta nos ha de ser remitida en el término de diez dias ; y que esta respuesta ha de ser absoluta, » por manera que si no fuera tal como la esperamos de vuestra piedad, nos veríamos obligados á consideraros como habiéndoos rehusado á acceder á nuestra demanda. » De ciento treinta y cinco sillas episcopales que tenia la Francia antes de 1789, cincuenta y un titulares habian muerto, y tres habian dado ya su dimision. Entre los restantes ochenta y uno, cuarenta y uno accedieron á la demanda del papa y le enviaron su dimision. El decano de edad, Monseñor Belloy, obispo de Marsella, de edad de noventa y dos años y sucesor inmediato de Belzunce, escribió al señor Spina : « Lleno de veneracion y obediencia á los decretos del soberano pontífice, no » vacilo en deponer en sus manos mi dimision de obispo de Marsella. Basta que lo juzgue necesario para la conservacion de » la religion en Francia para que me resigne á ello. » En estas palabras se ve el espíritu verdaderamente episcopal de los trescientos obispos de África que bajo la presidencia de san Agustin ofrecieron ceder sus sillas á los obispos donatistas si estos consentian en renunciar al cisma. Los obispos franceses no presentaron esta edificante unanimidad. Treinta y seis de ellos se separaron de sus cuarenta y cinco cólegas y se rehusaron á acceder á las instancias del papa, no de un modo perentorio sino dilatorio. Sus reclamaciones tendian á decir que la Santa Sede no habia desplegado jamás semejante autoridad, y que



esta medida hubiera debido consultarse con los obispos. La respuesta era fácil : se trataba de salvar la Francia de un naufragio, y hasta el mismo Bossuet ha dicho que cuando hay necesidad ó utilidad, evidente, el papa lo puede todo, y que es superior á los cánones. El resultado de esta oposicion de los treinta y seis obispos al concordato fué una especie de secta ó cisma llamado de los *anticoncordatarios*, ó la *iglesiecita* (*petite église*), secta que se hacia méritos de no estar de acuerdo con el papa : en este cisma parece haber muerto Monseñor de Thémis, antiguo obispo de Blois. Sin detenerse por estas resistencias, en 29 de noviembre de 1801 Pio VII publicó la bula *Qui Christi Domini*, para ejecucion del concordato. Declaró derogar en virtud de su autoridad pontificia el consentimiento de los obispos y cabildos refractarios : les prohibió el ejercicio de su jurisdiccion y declaró nulos cuantos actos administrativos pudieran hacer. Abolió todas las iglesias episcopales existentes entonces en Francia, y creó en su lugar sesenta obispados nuevos divididos en diez metrópolis. Se hizo cuadrar esta division con la de los departamentos, por manera que cada diócesis comprendiera uno, dos, y á veces tres departamentos, y que las sesenta sedes episcopales se extendiesen por toda la Francia. Por lo demás, nada se mencionaba en la bula *Qui Christi Domini* de las diócesis creadas por la *constitucion civil del clero*. Esta circunscripcion era mirada como no avenida, y el papa no tenia necesidad de abolir una jurisdiccion de gentes que nunca la habian tenido.

4. Inmediatamente despues de la ratificacion del concordato, Pio VII envió un legado *a latere* para proseguir su ejecucion. Este fué el cardenal Caprara, antes nuncio de Colonia, Lucerna y Viena. Consalvi regresó á Roma, donde el papa le hizo su primer ministro. Una de las primeras súplicas que hizo el legado fué el permiso de transportar de Valencia á Roma el cuerpo de Pio VI. La translacion póstuma del pontífice mártir fué una verdadera marcha triunfal al través de la Italia, sobre todo al acercarse á Roma. Toda la ciudad, la Europa representada por sus embajadores acompañaban el fére-

tro. El 18 de febrero de 1802 se celebraron en la basílica de San Pedro la misa, oracion fúnebre y exequias, celebradas por Pio VII en persona, en presencia de los embajadores de todas las potencias cristianas : era como un desagravio de toda la Europa á un pontífice que tanto habia padecido por el abandono de toda la Europa. Sin embargo en París no avanzaban cosa ni la publicacion ni la ejecucion del concordato ; porque Napoleon tenia que combatir mas de un enemigo. A los que no querian ninguna religion, tenia que hacerles ver que la religion es necesaria para el buen órden de las sociedades humanas. A los inclinados al protestantismo, respondia que el interés grande, que la fuerza mayor de la Francia estaba en su unidad. Muchas veces se le instó para que, como en Inglaterra, se declarase cabeza de la religion, y echase el papa á un lado. Se le apuraba tanto cierto dia para que tomara este partido, que interrumpió á su interlocutor diciendo : « Basta, basta, cabalero. ¿ Quiere Vd. que yo me haga tambien crucificar? » Y como el interlocutor quedase parado no entendiendo el sentido de esta salida, le dijo el cónsul : « No es ese vuestro pensamiento, ni tampoco el mio. ¡ Pues bien, señor mio, eso es lo necesario para la verdadera religion ! y despues de esta, ni conozco ni quiero otra. » Por fin el Cuerpo legislativo adoptó el concordato como ley del Estado el 5 de abril de 1802. El consejero de Estado, Portalis, antes de comunicar lectura de aquel, pronunció un discurso muy notable, en el cual hacia ver todas las ventajas de esta medida. Pero al mismo tiempo hizo adoptar una serie de *artículos orgánicos*, que tendian á poner al clero bajo la absoluta dependencia del gobierno, acerca de lo cual nada se habia dicho en los preliminares del concordato. Era un resto de doblez jansenística que aun dirigia ciertos personajes influyentes. El papa reclamó con vigor contra estas adiciones subrepticias. Con el tiempo se han abrogado muchos artículos orgánicos, ó expresa ó tácitamente, por el no uso. El 9 de abril comenzó el cardenal Caprara sus funciones. Bonaparte nombró inmediatamente nuevos obispos, y el legado otorgó á los electos la institucion canónica en nom-



bre de la Santa Sede. Diez y ocho antiguos obispos fueron llamados á gobernar nuevas diócesis : por desgracia un ministro influyente hizo nombrar tambien doce antiguos obispos constitucionales : algunos de ellos se habian reconciliado ya, ó se reconciliaron entonces sinceramente con la Santa Sede; pero tres ó cuatro ni honraron al gobierno, ni hicieron bien alguno á su diócesis, ni habian hecho verdadera sumision al papa. El nombramiento mas notable fué el del venerable obispo de Marsella, Belloy, á la silla metropolitana de París. De edad de noventa y dos años, aun vivió ocho, muriendo á los ciento, venerado de sus nuevos diocesanos. Por fin el dia de Pascua de Resurreccion, 18 de abril de 1802, en la catedral de Nuestra Señora de París, la nueva Iglesia de Francia, restablecida por la gracia de Dios y autoridad de la Santa Sede apostólica, celebró su propia resurreccion, en medio de cánticos de triunfo y de lágrimas de todos los fieles. El cardenal legado ofició de pontifical en presencia del primer cónsul y de aquella legion de héroes, subrecogidos de los esplendores de una ceremonia á que no habian estado acostumbrados. Un *Te Deum* solemne terminó esta expresion de agradecimiento al Dios omnipotente, y de alegría de un gran pueblo reconciliado con la fe.

5. Los acontecimientos se multiplicaban con apresuramiento en torno de Bonaparte : mas grande que la de Luis XIV, la Francia de 1802 iba desde el Océano á los Alpes y al Rhin : la república liguriana, su capital Génova; y la república cisalpina, su capital Milan, y otros Estados italianos eran apéndices suyos. Estos engrandecimientos de influencia y territorio eran obra del vencedor de Egipto y de Italia. Impelido por consejos pérfidos, tuvo entonces la desgracia de mancillar su gloria con el asesinato del duque de Enghien, crimen sin razon, sin causa, sin antecedentes, recuerdo del Terror, bajo un gobierno cuya existencia era debida á su protesta contra el Terror. Pero el poder del que iba á llamarse Napoleon era tan formidable, que ningun francés osó vituperar un crimen horrible de política y de ambicion : nos engañamos; un jóven que debia de ser y que era ya la mayor gloria literaria de su siglo, Monsieur de Chá-

teaubriand, autor del *Genio del Cristianismo*, cuya obra inmortal no habia contribuido poco á preparar en Francia la restauracion religiosa, era á la sazón secretario de embajada en Roma. Inmediatamente remitió su dimision al primer cónsul, diciéndole : « Que servia gustoso al gobierno de la gloria, » pero que no podia resolverse á servir al de sangre. » El asesinato del heredero del nombre de Condé echaba un abismo entre lo pasado y el porvenir.

6. El 14 de setiembre de 1804, Bonaparte, que acababa de mudar su título de cónsul vitalicio por el de emperador, y su nombre corso por el de Napoleon, escribia de su propio puño y letra la siguiente carta á Pio VII : « Santísimo Padre, la feliz » suerte que experimentan la moral y el carácter de mi pueblo con el restablecimiento de la religion cristiana, me mueve » á suplicar á Vuestra Santidad me dé nueva prueba de su » interés por mi destino y el de esta gran nacion en una de las » circunstancias mas importantes de los anales del mundo. Yo » suplico á Vuestra Santidad dé en el mas eminente grado el » carácter religioso á la ceremonia de la consagracion y coronamiento del primer emperador de los Franceses. Esta ceremonia adquirirá nuevo brillo hecha por Vuestra Santidad. » Atraerá sobre mí y mis pueblos la bendicion de Dios, cuyos » decretos determinan la suerte de los imperios y de las familias. Vuestra Beatitud conoce los sentimientos de amor que » le profeso mucho tiempo há, y podrá juzgar cuánto placer » me ofrecerá esta ocasión de darle nuevas pruebas de mi » afecto y respeto. » Para facilitar la negociacion, Napoleon habia hecho devolver á la Santa Sede los principados de Benevento y Ponte-Corvo : habia hecho á Pio VII el donativo de dos bergantines de guerra para proteger su comercio, y enviado á Roma en calidad de embajador á su tío el cardenal Fesch. El 25 de noviembre de 1804 llegó Pio VII á Fontainebleau. Napoleon le habia salido al encuentro : se abrazaron cordialmente y subieron en el mismo coche. El ministro de policia habia preguntado al papa cómo habia hallado la Francia; Pio VII le respondió : « Bendito sea Dios; la hemos atra-